

Comentario a *El edificio de la razón*

Miguel León-Portilla

En 1555 Andreas Vesalius publicó los siete libros que integran su *De humani corporis fabrica*. Esta obra, cuyo título debe entenderse en el sentido de construcción o edificio del cuerpo humano, estuvo basada en la observación directa, resultado de disecciones practicadas en cadáveres. Con esta magna aportación de Vesalius y lo alcanzado después por otros como William Harvey respecto de la circulación de la sangre, tuvo ya una primera descripción de lo que puede llamarse el edificio o el sujeto corporal del ser humano. El desarrollo de las ciencias biológicas habría de enriquecer esos conocimientos hasta nuestros días en que se ha revelado lo que es el genoma humano. Y desde luego que aún falta mucho por esclarecer.

Ahora bien, en tanto que la fábrica o edificio del cuerpo humano se ha ido así conociendo, se ha desarrollado otro largo proceso cognitivo con la participación de numerosos filósofos y científicos. Ese proceso se ha dirigido a develar qué es, en qué consiste la fábrica o construcción de algo fundamental en los seres humanos. Ello es la construcción del edificio de la razón o de aquel que lo estructura, el sujeto científico.



Jaime Labastida

A partir por lo menos de Heráclito de Éfeso y luego con lo aportado por Sócrates, Platón y Aristóteles entre muchos otros, dando un gran salto en el tiempo, por René Descartes, Baruch Spinoza, Gottfried Leibniz, hasta llegar a la contribución clave de Immanuel Kant, la construcción del edificio de la razón o del sujeto científico se fue perfilando. A ellos siguieron otros muchos hombres con variados enfoques, desde Friedrich Hegel hasta los grandes maestros de las ciencias de la física, de la naturaleza, de la economía política, de la sociología, de la antropología, de la historia, de la lingüística y del psicoanálisis, hasta la que se nombra filosofía de la ciencia.

Arduo y difícil es el recorrido a través de la historia del pensamiento para develar el proceso de captación de lo que es la fábrica o construcción del edificio de la razón o del sujeto científico, entendido éste en un sentido universal y, por tanto, desprovisto de cualquier atributo individual. En ese recorrido la meta es describir, captar y precisar, no ya la fábrica o edificio del cuerpo humano, sino *De humanae rationis fabrica*, es decir, lo que puede entenderse como el edificio de la razón, cuyo protagonista, hay que reiterarlo, es el sujeto científico entendido en un sentido universal.

Esto justamente es lo que ha acometido Jaime Labastida en su más reciente libro. Reflexionando él sobre la obra de Vesalius, al que mucho admira y del que pudo consultar un precioso ejemplar de la edición príncipe, conservado en nuestra Biblioteca Nacional, ha acuñado certeramente la expresión *De humanae rationis fabrica*.

No creo exagerar si afirmo que este libro de Jaime Labastida es resultado de un esfuerzo que calificaré de titánico. Es un perspicaz recorrido por los caminos que ha andado una

gran pléyade de maestros del pensamiento, desde Heráclito y Parménides hasta Karl Popper y otros. Requisitos indispensables para llevar esto a cabo han sido estar familiarizado con las grandes corrientes del pensamiento filosófico y conocerlas a fondo. Asimismo ha requerido ahondar en la trayectoria de la teoría de la ciencia.

Es obvio que no podré analizar aquí —ello corresponde a los lectores de esta obra— lo que aportan los nueve capítulos del libro. Inspirado Jaime Labastida en Andreas Vesalius, habla del edificio o fábrica de la razón. Atiende así a lo que llama la traza inicial, los nuevos cimientos, los nuevos muros, las puertas y las ventanas que miran al norte, al sur, al oriente y al poniente, para culminar con lo que describe como “la deconstrucción del nuevo edificio” en donde da entrada a la lingüística y al psicoanálisis, hasta concentrarse en un postrer capítulo en las nuevas perspectivas de la filosofía de la ciencia.

El edificio de la razón es fruto de una vida consagrada a la filosofía y a la teoría de la ciencia. Es un libro que, a pesar de su difícil y a veces sutil temática, se lee con agrado, curiosidad y satisfacción porque siente el lector que se está enriqueciendo al acercarse a las puertas y las ventanas que con él se abren.

Me limitaré a algunos señalamientos entre lo mucho que el libro nos proporciona. Dos elementos de considerable interés se perciben en él. Uno es que, al citar a autores de lengua griega, latina, alemana, inglesa, francesa y de otras, incluyendo obviamente el español, presenta aquello que quiere elucidar aduciendo las palabras en su expresión original. Daré dos ejemplos. El primero procede del principio del libro. Cita allí el fragmento ochocientos cincuenta de lo que ha llegado hasta nosotros del pensamiento de

Heráclito. Ello es clave para aproximarse a lo que parece ser un concepto fundamental del filósofo de Éfeso; éstas son sus palabras en griego:

ἡ ἀλήθεια ἐστὶν ὡς ποταμὸς ὃς ἄνω βαρύνεται καὶ ὡς ποταμὸς ὃς ἄνω βαρύνεται
 ἡ ἀλήθεια ἐστὶν ὡς ποταμὸς ὃς ἄνω βαρύνεται καὶ ὡς ποταμὸς ὃς ἄνω βαρύνεται
 ἡ ἀλήθεια ἐστὶν ὡς ποταμὸς ὃς ἄνω βαρύνεται καὶ ὡς ποταμὸς ὃς ἄνω βαρύνεται

De este texto Jaime Labastida atiende a la parte que le resulta más pertinente:

“No es mío (no procede a mí) lo que oyen sino del *logos*” (es decir de la razón). Como él mismo lo hace ver, Heráclito apunta allí a ese sujeto, que no es individual sino universal, el que se puede llamar sujeto científico, el que hace posible el edificio de la razón.

Presento ahora un conjunto de ejemplos tomados de la *Crítica de la razón pura* de Kant. Analiza allí Jaime varios vocablos que emplea el filósofo de Königsberg. De su análisis deduce él que Kant, en su búsqueda de la posibilidad de la formación de juicios universales y necesarios recurre unas veces a vocablos del griego y del latín y otras del alemán. Ejemplos de lo primero son: *speculative Philosophie, transcendental Kritik, a priori Identität* y otros muchos. En cambio, se sirve de vocablos alemanes como: *Erscheinung*, en vez del término originalmente griego, *fenómeno*. Y *Raum* en vez de *spatium*, *Zeit* en vez de *tempus*, así como *gegestanden* en vez de *objectum*.

Otro ejemplo del empleo de términos latinos en la obra de Kant es: *Die absolute Einheit dieses Subjects*. Aquí los vocablos latinos *absolute* y *subject* están acompañados de uno solo en alemán *Einheit* que significa unidad.

El otro elemento de considerable interés, al que da entrada Jaime Labastida, consiste en rastrear, en función de la etimología y la semántica, las connotaciones de determinados términos según los emplean los distintos filósofos. He aquí un ejemplo particularmente interesante: notar en primer lugar que el vocablo *sujeto* “posee una diversidad de acepciones que guardan relación con el término griego *hypokéimenon*, “lo que subyace”. Equivalente, aunque con una connotación dinámica, es el vocablo latino *subjectum*. Éste, derivado del verbo *subyacere*, implica la idea de “lo que se ha puesto debajo”. Equivale esto, en el contexto que aquí se emplea,

a “lo que está debajo”, en este caso “lo que da sustento y organiza al pensamiento”. Tal *subjectum* puede connotar lo mismo el sujeto lógico que el físico. Más tarde, ya en la edad moderna, se ha empleado para establecer una clara oposición entre sujeto y objeto. Este último es aquello, la cosa, que se halla enfrente al *subjectum*, es decir a la *persona*.

Ahondando Jaime en este asunto, nota que “en la edad mítica”, a diferencia de lo que ocurre en la que llama “edad clásica”, las connotaciones de *sujeto* son muy diferentes. En la edad mítica lo que pertenece al sujeto es lo subjetivo; en la edad moderna *sujeto*, según se analiza en lógica, gramática, filología y filosofía, denota el concepto que puede referirse a un alguien determinado o que está connotando, en cambio, al sujeto universal de la ciencia, tal como se emplea en este libro. Dicho sujeto científico se concibe como una construcción o figura ficticia, pero no por ello falsa o imaginaria, sino que, desprovisto de todos sus atributos individuales, aparece como “el gran otro”, el sujeto que es el portavoz de la razón, el que hace posible construir la fábrica del edificio de ella.

En esta disquisición, de contenido a la vez gramatical, filológico, antropológico y filosófico, Jaime resume, con luminosa claridad, el meollo de lo que a lo largo de toda su obra entiende y se ha propuesto. Si Andreas Vesalius quiso develar la fábrica o edificio del cuerpo humano, de muchas maneras los filósofos cuyas aportaciones estudia Jaime han dirigido su esfuerzo para develar paralelamente lo que, con expresión afortunada, designa él como *De humanae rationis fabrica*.

Jaime Labastida emprende un recorrido a través de la historia de la filosofía pero lo hace para analizar y esclarecer el largo proceso que ha llevado a descubrir algo que, por cierto, hasta ahora no ha sido del todo alcanzado: cómo opera el sujeto científico en su empeño por estructurar el edificio de la razón. De hecho, el mismo Labastida da pie en el penúltimo capítulo de su libro, a cuestionamientos derivados implícitamente del psicoanálisis con la entrada en escena del subconsciente; con la teoría de la relatividad de Albert Einstein, así como con el principio de incertidumbre propuesto por Werner Heisenberg. Éstos y otros desarrollos en el



ámbito cognoscitivo han puesto en jaque, a juicio de Jaime, lo que puede pensarse acerca del sujeto científico. Han abierto el lado oscuro, incierto y opaco no sólo de la palabra sino de lo que se ha tenido como el *logos*. Tal proceso, que se ha denominado la posmodernidad, constituye la gran amenaza, la fisura, el agrietamiento, que puede llevar a la deconstrucción del edificio de la razón.

Esto, sin embargo, no es el final de la historia en la que incontables filósofos y científicos han estado empeñados en la construcción del edificio de la razón. Tras hacer referencia a lo aportado por Thomas S. Kuhn, Arthur Eddington y Karl Popper, Jaime concluye vislumbrando *nuevas perspectivas en el horizonte*. “Somos herederos, nos dice, de la razón filosófica helena, del sujeto nacional moderno y, en realidad, del sujeto universal que ha sido levantado a lo largo de los siglos. Prevalecerá la razón”.

Obra rica y penetrante en extremo es ésta que merece ser no sólo leída sino estudiada. Pienso que muestra otra faceta de lo que es hacer filosofía de la historia y, al mismo tiempo, filosofía *per se*. Su interés rebasa, precisamente por ello, los límites de tiempo y espacio: interesará en México y en el mundo; ahora y en los años por venir. **U**

Jaime Labastida, *El edificio de la razón*, Siglo XXI Editores, México, 2007.